

LOS ASIRIOS



Según los escribas neasirios, que han dejado una lista real continua de más de dos milenios de duración, el estado asirio tiene un origen de carácter tribal y nómada. Sin embargo, en realidad, la historia asiria más antigua es la de una región de urbanización antigua e intensa economía agrícola. Conviene entonces distinguir dos núcleos, que al fundirse dan lugar al estado asirio tal como permanece durante varios siglos. Por un lado nos encontramos con el fértil “triángulo de Asiria”, comprendido entre el Zab superior y el Tigris, cuya ciudad principal es Nínive, y, por otro, la ciudad de Assur, que da nombre a Asiria, pero se halla descentrada y aislada bastante más al sur.

La unión política de la ciudad de Assur con el rico "triángulo asirio" revela el interés que tuvieron las formaciones imperiales mesopotámicas por esta región. Primero fue el interés acadio por el control de las redes comerciales periféricas. Luego el proyecto de la III dinastía de Ur, en Sumer, de convertir a los ensi de Assur, sometidos a ella, en instrumentos eficaces para controlar las tierras de Subartu, habitada por una población hurrita, contra las que habían dirigido varias expediciones militares.

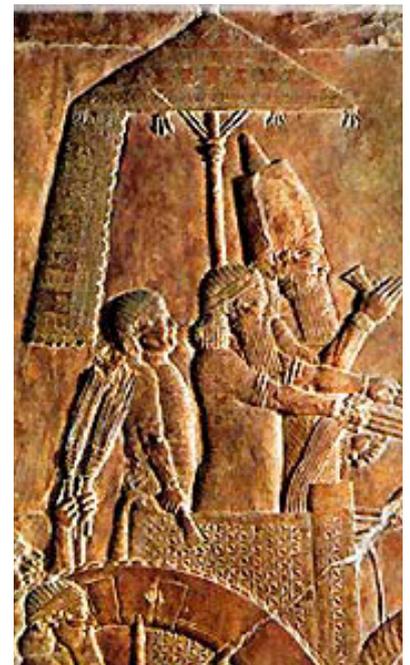
Ilushuma encabezó una expedición militar victoriosa que llegó al corazón de Sumer, señal ineludible de que Asiria era ya una potencia regional.



Ruinas de Assur.

Las crónicas legendarias hablan de Assur como un reino de estirpe acadia y sitúan a Puzur-Ashur como fundador de la dinastía real. El hecho es que, tras la caída del imperio de Ur, los ensi de Assur se independizaron por completo, iniciando la secuencia dinástica asiria. Así fue como el rey asirio Ilushuma logró independizar a su país de la III dinastía de Ur, la última que reinó en Sumer, extendiendo su poder hasta entrar en conflicto con Babilonia.

Tras una expedición de conquista, se tomaron medidas, como la cancelación de deudas, que servían momentáneamente para que el rey apareciese, ante los ojos de la población, como un libertador y no como un conquistador. Por lo tanto Ilushuma encabezó una expedición militar victoriosa que llegó al corazón de Sumer, señal ineludible de que Asiria era ya una potencia regional.

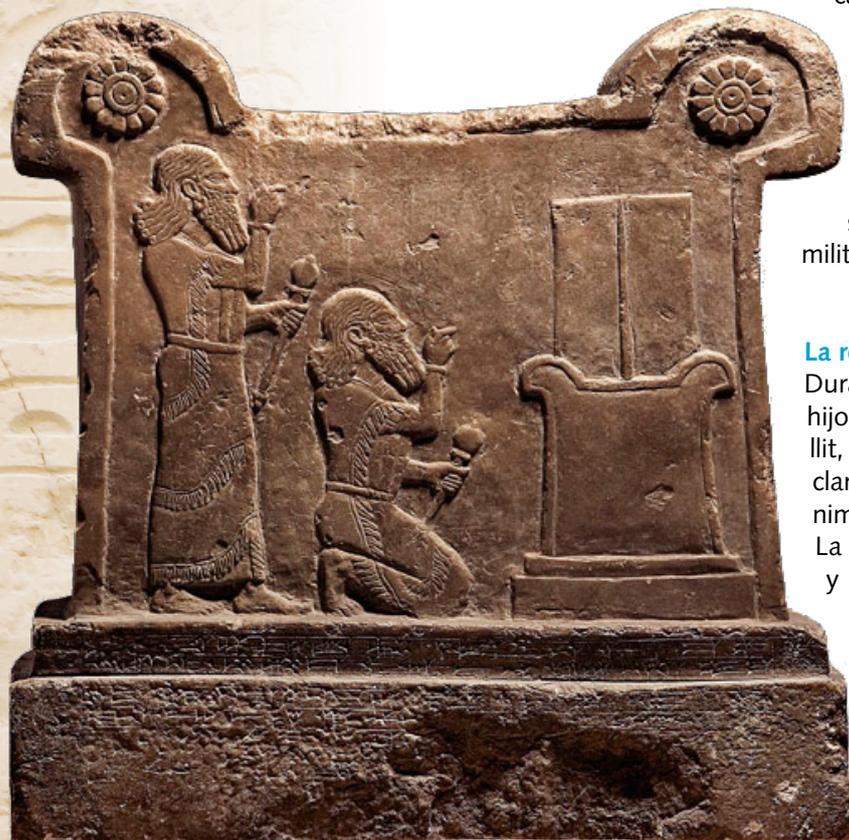


Ashur-dan II.



La ascensión al trono de Ashur-dan II fue en el 935 a. C.

Ashur, Templo de Ishtar, reino de Tukulti-Ninurta I.



De esta manera, vemos que esta red comercial, controlada sobre todo por empresarios privados, subsiste cuando está respaldada por el poder sólido de la metrópoli asiria, y decae bruscamente cuando le falta este respaldo. Es así como, a la muerte del Shamshi-Adad, el país cayó en un vacío de poder. Con todo, esta situación de fragilidad fue aprovechada por el rey babilonio Hammurabi, quien ocupa el territorio asirio y se desembaraza de una vez por todas de un poderoso y ambicioso rival. Posteriormente, Asiria fue absorbida por el reino de Mitanni, que impuso su poder militar hasta el siglo XV a. C.

La recuperación

Durante cuatro siglos, desde el reinado de Ishme-Dagan, hijo y sucesor de Shamshi-Adad, hasta el de Ashur-uballit, la historia asiria está mal documentada. Lo que está claro es que el reino había quedado reducido a la mínima expresión, con escasas posibilidades de maniobra. La expansión de Mitanni alcanzó y puso cerco a Assur, y quizá llegara a condicionar en algún momento su independencia.

Asiria salió de esta posición subalterna bajo el reinado de Ashur-uballit, sacándose de encima definitivamente el dominio que Mitanni había ejercido sobre la región.

El imperio asirio.



El monarca Ashur-uballit fue el artífice de este resurgimiento y el fundador del Imperio Asirio, que compartió la hegemonía de la región en Mesopotamia con los hititas y los casitas de Babilonia.



Las relaciones de fuerza entre Asiria y Mitanni entonces se vieron alteradas por la expedición del rey hitita Shuppiluliuma, que provocó la caída de Mitanni y un cambio en las relaciones de poder en la región que permitió el ascenso de Asiria a potencia regional. Durante varios años se jugó así una partida muy importante para llenar el vacío que había dejado Mitanni.

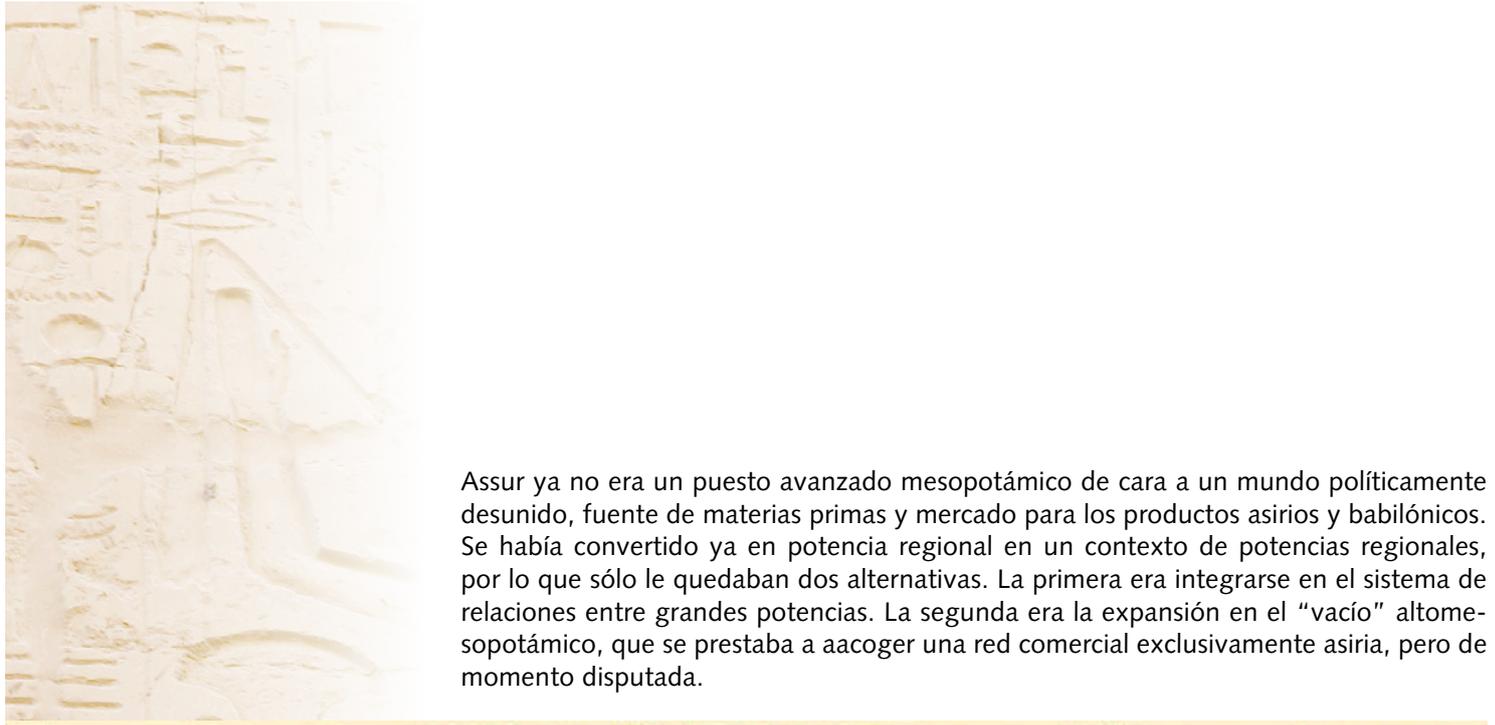
De esta manera, el monarca Ashur-uballit fue el artífice de este resurgimiento y el fundador del Imperio Asirio, que compartió la hegemonía de la región en Mesopotamia con los hititas y los casitas de Babilonia. Asumiendo bruscamente el título de "gran rey", conquistó amplias zonas de las montañas septentrionales y llegó hasta el Éufrates a expensas del reino de Mitanni, que cayó en manos asirias. Tal como se había propuesto, también consiguió trabar relaciones con el lejano Egipto, dando muestras de una rudeza en el trato y una valoración económica de

la relación que contrastaban con el tono y el estilo acostumbrado entre grandes reyes. La rudeza de los asirios y su afición a los negocios debían ser un rasgo característico y un lugar común extendido internacionalmente.

Ahora bien, inquieto por el poderío militar de Asiria, Burna-Buriash II, rey de Babilonia, quiso evitar una confrontación directa con los asirios, por lo que su hijo, llamado Karakhardash, se casó con Muballitat-Sherua, hija de Ashur-uballit, del cual su hijo Kadashman-Kharbe I estaba destinado a heredar el trono casita. En este caso se puso de manifiesto la habilidad y la ambición de Ashur-uballit, que recurrió a una maniobra acostumbrada entre los grandes reyes, el matrimonio interdinástico, con el fin de obtener ventajas concretas y rápidas.

Sin embargo, la alianza fue efímera, ya que Babilonia deseaba mantener la superioridad sobre los asirios. De esta manera, las intrigas políticas culminaron con el asesinato del heredero de Burna-Buriash II. No sabemos si la razón fue su ascendencia asiria, pero así lo entendió Ashur-uballit, que entró por la fuerza a Babilonia, mató al usurpador Nazi-Bugash e impuso como rey a Kurigalzu II, nieto suyo e hijo del príncipe asesinado, quien todavía era un niño de corta edad cuando subió al trono. Asiria se convirtió así en una potencia de primer orden.

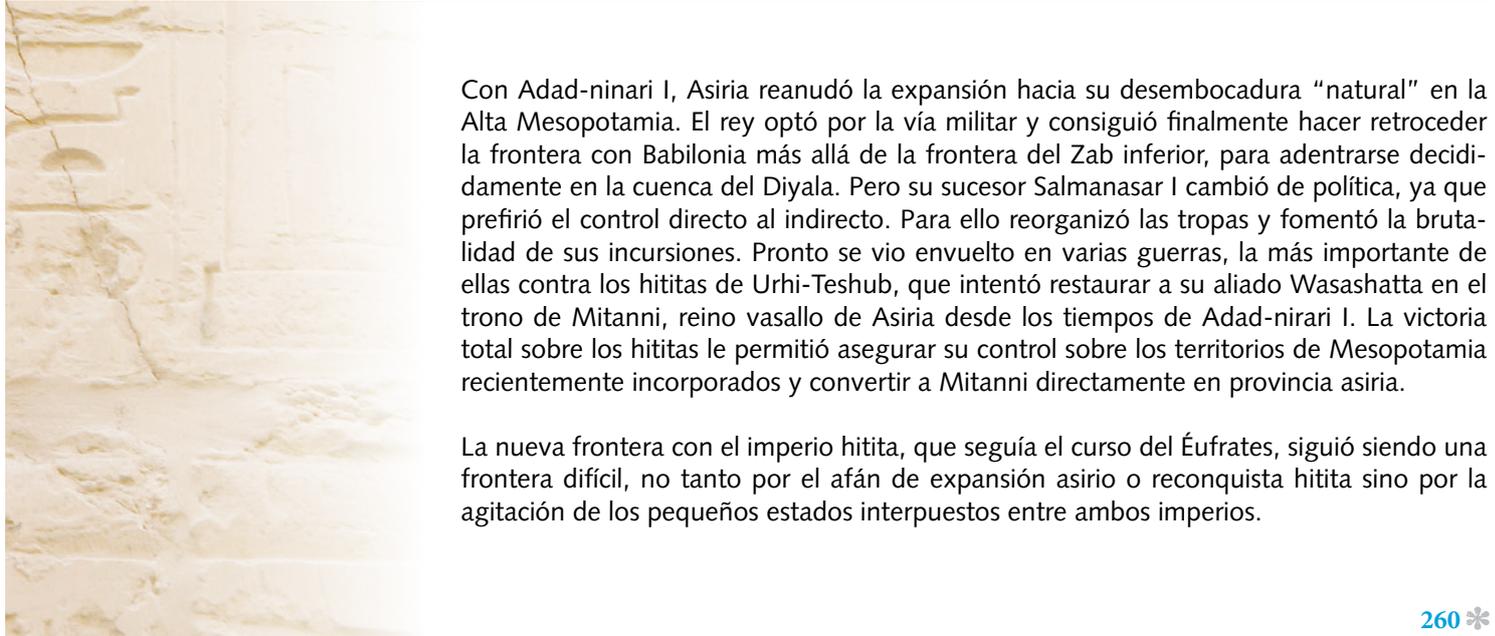
No obstante, cuando Kurigalzu II creció, dio muchos disgustos a la rama asiria de su familia. Traidor a su propia sangre, se enfrentó a Enlil-nirari, sucesor de Ashur-uballit. De esta forma, las tropas asirias impusieron su superioridad bélica y Kurigalzu II tuvo que ceder una buena parte de Babilonia. Este fue un aviso para todos los pueblos mesopotámicos: Asiria, país recién independizado, había asestado un terrible golpe militar y moral a Babilonia.



Assur ya no era un puesto avanzado mesopotámico de cara a un mundo políticamente desunido, fuente de materias primas y mercado para los productos asirios y babilónicos. Se había convertido ya en potencia regional en un contexto de potencias regionales, por lo que sólo le quedaban dos alternativas. La primera era integrarse en el sistema de relaciones entre grandes potencias. La segunda era la expansión en el “vacío” altomesopotámico, que se prestaba a acoger una red comercial exclusivamente asiria, pero de momento disputada.



El rey Jehu de Israel postrado ante Salmansar III.



Con Adad-ninari I, Asiria reanudó la expansión hacia su desembocadura “natural” en la Alta Mesopotamia. El rey optó por la vía militar y consiguió finalmente hacer retroceder la frontera con Babilonia más allá de la frontera del Zab inferior, para adentrarse decididamente en la cuenca del Diyala. Pero su sucesor Salmanasar I cambió de política, ya que prefirió el control directo al indirecto. Para ello reorganizó las tropas y fomentó la brutalidad de sus incursiones. Pronto se vio envuelto en varias guerras, la más importante de ellas contra los hititas de Urhi-Teshub, que intentó restaurar a su aliado Wasashatta en el trono de Mitanni, reino vasallo de Asiria desde los tiempos de Adad-nirari I. La victoria total sobre los hititas le permitió asegurar su control sobre los territorios de Mesopotamia recientemente incorporados y convertir a Mitanni directamente en provincia asiria.

La nueva frontera con el imperio hitita, que seguía el curso del Éufrates, siguió siendo una frontera difícil, no tanto por el afán de expansión asirio o reconquista hitita sino por la agitación de los pequeños estados interpuestos entre ambos imperios.

El caso de Nihriya, importante ciudad en el curso alto del Éufrates, fue el más particular. Los asirios e hititas se disputaron su control, llegando a la batalla campal, donde Salmanasar no retrocedió, atacó Nihriya, venció a los hititas y pudo comunicar su triunfo a los propios vasallos de los hititas.

Su sucesor, Tukulti-Ninurta I, fue aún más expeditivo. De esta manera, decidió incorporar a los reinos de Nihriya, importantes por su riqueza minera, al dominio

asirio. Como estos reinos se encontraban cerca del imperio hitita, envió a su rey Tudkhaliya IV varias cartas en las que afirmaba que no tenía intenciones hostiles hacia él. Ninguno de los dos grandes reyes era realmente capaz de controlar el territorio comprendido entre el alto Éufrates y el alto Tigris, pero ambos temían que el otro lo consiga o llegue a tener demasiada influencia. No obstante, Tudkhaliya IV no creyó en las proclamas de amistad de Tukulti-Ninurta y movilizó a su ejército junto a sus vasallos sirios no sólo en el terreno militar sino también en el económico y el comercial. La victoria total asiria acabó en la incorporación de la región de Nihriya a Asiria.

Sin temer ya ninguna hostilidad por parte de los hititas, derrotados y sumidos en sus propios problemas internos, Tukulti-Ninurta I pudo lanzar una serie de campañas contra las tribus de las montañas al este y al norte de Asiria, logrando imponer un cierto control sobre la zona y obteniendo ventajas comerciales. Ahora bien, el hecho más sobresaliente de su reinado fue la conquista y destrucción de Babilonia. Habiendo asegurado el norte, el este y el oeste de su reino, se volvió contra Kashtiliash IV, rey de Babilonia, que había recuperado algunos territorios fronterizos rompiendo así el solemne juramento que había sellado las relaciones entre los dos estados a raíz de la victoria de Adad-nirari I.



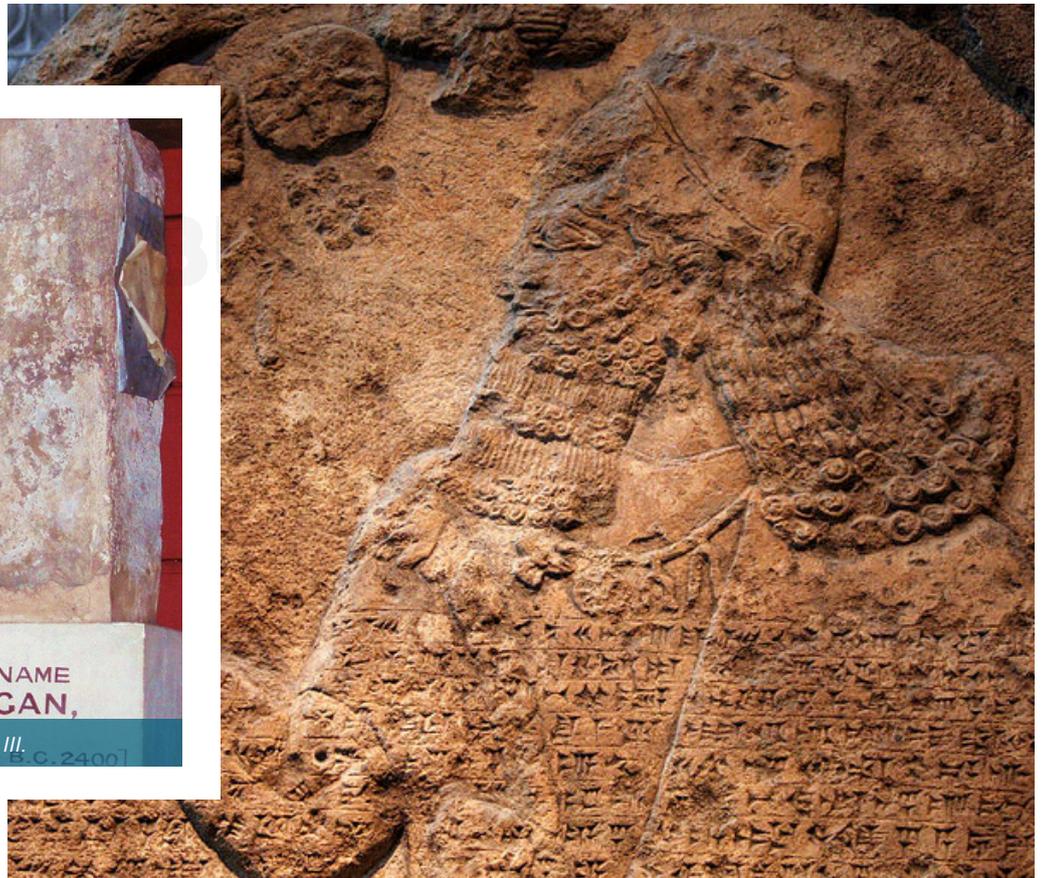
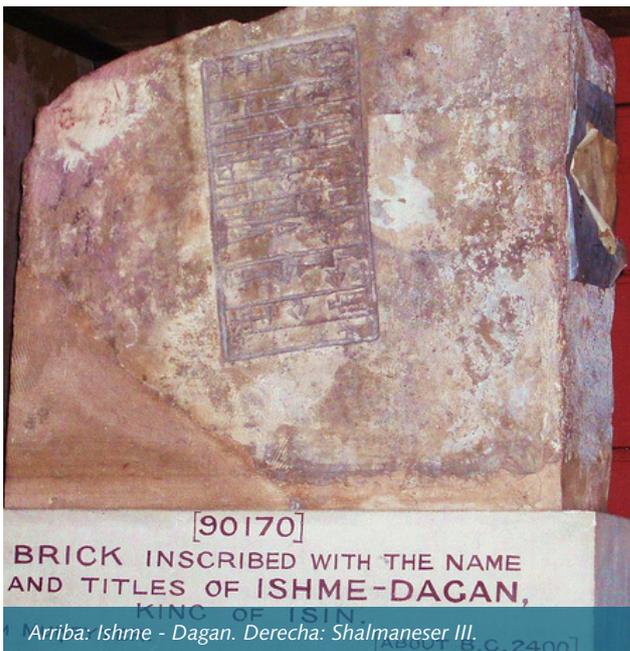
Tiglath-Pileser I.



Ilustración de un soldado Asirio.



En cuanto pudo, Tukulti-Ninurta I inicia la guerra contra Kashtiliash IV, para castigar su traición y recuperar los territorios perdidos. No hubo clemencia: además de que Kashtiliash IV es capturado y llevado prisionero a Assur, Tukulti-Ninurta I prosigue su avance y derriba murallas y templos, destierra a parte de los habitantes y sigue adelante, tratando de conquistar todo el país de Acad hasta el Golfo Pérsico. Las riquezas así obtenidas le permitieron construir una nueva capital en Kar-Tukulti-Ninurta, la primera "capital artificial" de la historia asiria, situada casi enfrente de Assur, en la otra orilla del Tigris.



Los métodos autoritarios y personalistas de Tukulti-Ninurta, unidos al ingente esfuerzo económico y laboral para construir la nueva capital, así como a su política babilónica, provocan un levantamiento contra él. Ya anciano, es asesinado en la nueva capital por un grupo de conjurados, que proclama rey a un hijo suyo, Ashur-nadin-apli. Esta situación fue aprovechada por el rey elamita Kiten-Khutran, quien atacó la baja Mesopotamia, conquistó la ciudad de Isin y arrasó la ciudad de Nippur. Sin embargo, cometió un grave error al infravalorar la capacidad de recuperación del ejército asirio, cuyas tropas se recuperaron, atacaron el reino elamita y ejecutaron al soberano.

No obstante, Ashur-nadin-apli fue incapaz de mantener el Imperio y el país fue saqueado entre los siglos XII y XI a. C. por los arameos, un pueblo nómada semita occidental que atravesó el Éufrates y desgastó al ejército asirio evitando combatir en campo abierto. De esta manera, el reino asirio se hallaba en dificultades evidentes. Aunque luego las infiltraciones de los arameos fueron mermando, Asiria se hallaba reducida a unas dimensiones mínimas, por más que aún pretendiera mantener la soberanía sobre toda la Alta Mesopotamia, hasta el Éufrates.



Ilustración de un ataque Asirio a Jerusalén bajo el reinado de Hezekiah.

Fue durante el largo reinado de Tiglath-Pileser I cuando se logró enderezar algo la situación, pudiéndose distinguir en su actividad militar dos aspectos. En primer lugar, hay una actividad bélica oscura y constante, con escasa gloria, pero mucha dificultad, en el frente de las montañas, cuya amenaza se cierne sobre los campos asirios. Es una actividad esencial para la supervivencia del estado y el acceso a las materias primas. En segundo lugar, hay actividades mucho más llamativas desde el punto de vista ideológico pero mucho menos necesarias, que van dirigidas a las dos metas codiciadas y lejanas: Babilonia en el sur y el Mediterráneo en el oeste.

La pretensión del rey asirio es expulsar a los arameos al otro lado del Éufrates, frontera ideal del imperio, hacia la zona de donde estos procedían. Tal vez la única política posible del rey era garantizar las comunicaciones entre los centros administrativos asirios, interceptando y persiguiendo en la medida de lo posible a los grupos tribales que, gracias a su movilidad, se libraban tanto de una sujeción estable como de una aniquilación definitiva.



Después de su reinado, Asiria vuelve a adentrarse en la oscuridad. Es probable que no se repitan campañas de mucha resonancia, pero también es probable que prosiga, sin cambios apreciables, la presencia continua en las tierras septentrionales, y la reconstrucción de la trama de conexiones alto-mesopotámicas contra la expansión aramea.

Recomposición del poder

La semilla del denominado Nuevo Imperio Asirio llegó con la ascensión al trono de Ashur-dan II en el 935 a. C., aunque las noticias que tenemos de sus actividades son discontinuas e inseguras. Las inscripciones dan testimonio claramente que su pretensión era recuperar las tierras arrebatadas por los arameos invasores, y en más de un caso da cuenta de cuándo se perdieron las viejas posesiones. Sus premisas para afianzar el Imperio fueron lograr establecer un ejército implacable, una despiadada estrategia de dominación y una férrea administración, especializada en el cobro de tributos.

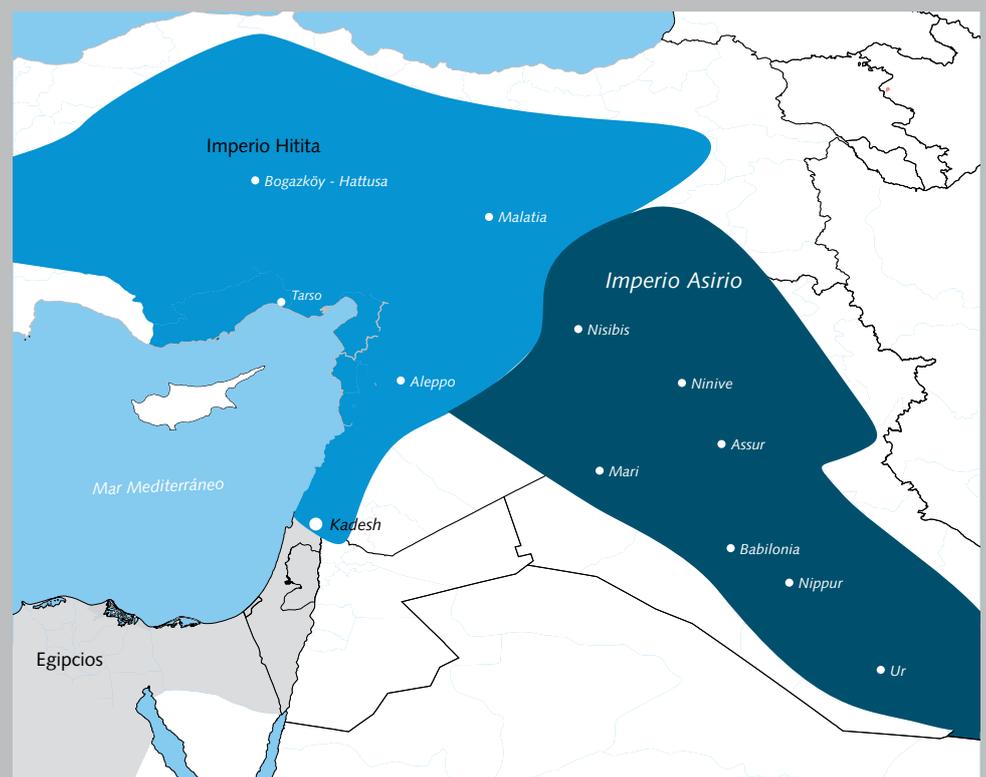
Con su hijo Adad-nirari II la situación es análoga. Si bien los problemas y los procedimientos operativos son los mismos que bajo Ashur-dan II, el radio de aplicación es más vasto, y alcanza los confines extremos del Imperio, desde el babilónico hasta todo el arco del Éufrates y de los montes de Nairi. De esta manera, sometió a los arameos y doblegó Babilonia. Prueba de la nueva pujanza del estado asirio es el hecho de que Adad-nirari volviera a titularse, como en los grandes tiempos del poderío asirio, Rey de la totalidad y Rey de las Cuatro zonas, fundando una nueva dinastía cuyo miembro más destacado fue Assur-Nasirpal II.

Los motivos principales que erosionaron el prestigio real fueron el desafío de las ciudades tributarias, que se sublevaron paulatinamente, y la pujanza de la nobleza, que controlaba los principales cargos públicos. Además, el deterioro de la monarquía se agravó por la falta de victorias militares.



Los anales de este rey son el texto histórico asirio más largo y también más detallado. Con Assur-Nasirpal II la operación de recuperación y consolidación llega a su culminación, y puede considerarse completada. Este soberano recobró los límites imperiales alcanzados por Tiglath-Pileser I, agilizó la burocracia y trasladó la capital a Kalakh, en la actual Nimrud, Siria. El palacio real, con su espléndida decoración de ornamentos esculpidos, a pesar de haber sufrido importantes daños y remodelaciones, aún puede dar fe de que el Imperio con Assur-Nasirpal, alcanza una auténtica cima de poderío político-militar, de movilización económica y de expresión triunfalista. La precariedad que marcaba a Asiria anteriormente ya está superada: el centro del mundo está muy firme, y desde toda la periferia afluyen tanto los materiales necesarios para las construcciones como la mano de obra y los talentos artísticos.

No obstante, el Imperio no dispone de una estructura "provincial" como la que se dará posteriormente, y sigue acompasando la afluencia de los tributos de la periferia al ritmo de las expediciones militares, tan costosas en hombres y medios como para resultar insostenibles. Entonces, una vez recuperadas sus dimensiones tradicionales, el Imperio se enfrenta con dos problemas: el de seguir creciendo, y el de la reorganización interna. La reorganización parece más urgente, pero los sucesores de Assur-Nasirpal no sabrán adaptarse a las circunstancias.



Imperio Asirio, Hitita y Egipcio.

El incontestable poder de los monarcas asirios fue puesto en entredicho. Los motivos principales que erosionaron el prestigio real fueron el desafío de las ciudades tributarias, que se sublevaron paulatinamente, y la pujanza de la nobleza, que controlaba los principales cargos públicos.

Crisis de crecimiento

El hijo y sucesor de Assur-Nasirpal, llamado Salmanasar III, continuó la línea política paterna. Su intensa actividad militar se centra primero en las montañas del norte, cuyas posiciones ya conquistadas en los valles altos del Zab superior y del Tigris son utilizadas para someter otras zonas limítrofes a la condición de "vasallos" pagadores sistemáticos y resignados de tributos.

El rey recorre la misma ruta que su padre, pero con un encarnizamiento muy distinto, donde la cobertura comercial es reemplazada por la presencia militar, con sus destrucciones y exacciones forzosas. De esta manera, se puede decir que Salmanasa III pretendió extender lo más posible el área de tributación, fuera de los confines tradicionales, logrando hacer tributarios suyos a Fenicia e Israel.

No obstante, su reinado termina en el caos: la lucha de sucesión que enfrenta al heredero designado, Shamshi-Adad, con su hermano Ashur-da'ina dura seis años. La revuelta se extiende a numerosas e importantes ciudades de Asiria y de las provincias. La estabilidad del reino queda comprometida.

De esta manera, el incontestable poder de los monarcas asirios fue puesto en entredicho. Los motivos principales que erosionaron el prestigio real fueron el desafío de las ciudades tributarias, que se sublevaron paulatinamente, y la pujanza de la nobleza, que controlaba los principales cargos públicos. Además, el deterioro de la monarquía se agravó por la falta de victorias militares.

El ejército, ante un importante descenso demográfico, se abstuvo de emprender nuevas conquistas y se consagró a detener las invasiones. La entronización de Tiglath-Pileser III en el 745 a. C. marcó un punto de inflexión en la crisis del poder real. Reiniciada la política de deportaciones y terror que tan buenos resultados había proporcionado anteriormente al Imperio, Asiria entró en una terrible espiral de violencia que se volvería en su contra un siglo más tarde.

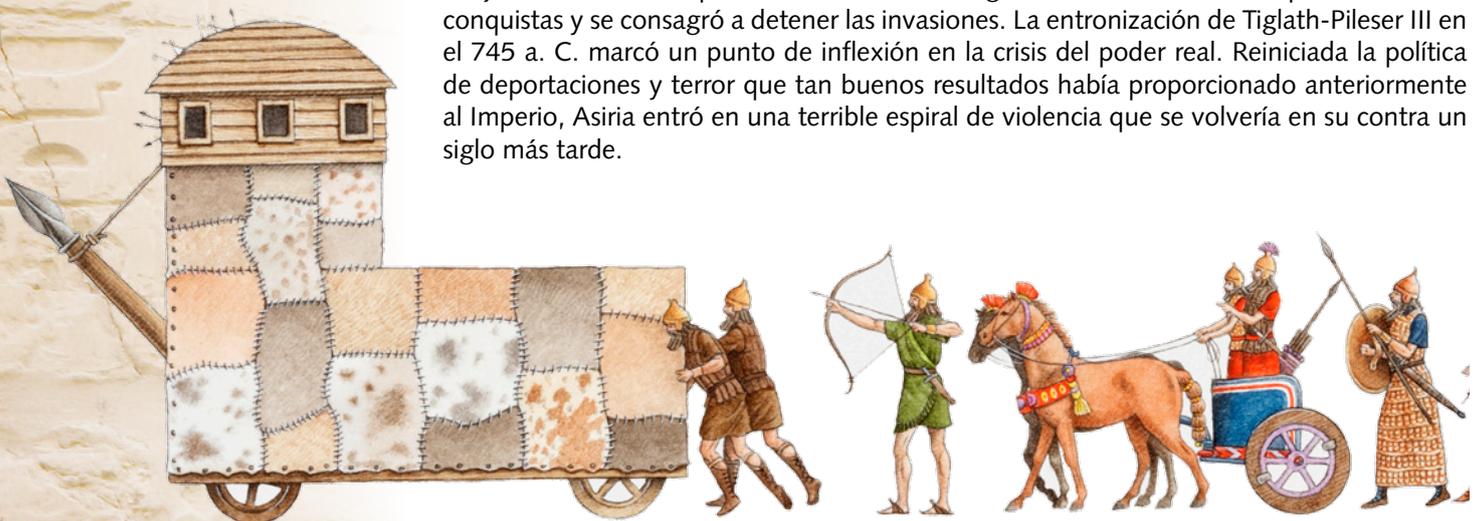


Ilustración del ejército Asirio.